

Bruna, Niels y Lasha

En las altas montañas del Tíbet nació una niña precoz y como sus padres no podían alimentarla la dejaron en los pétalos de una flor.

Con el aroma de la planta la niña sobrevivió, hasta que al cabo de unos días la acogieron con amor.

En casa de una joven pareja la niñita se encontró, con un hermano blanquito que la mimaba de sol a sol.

Ya no estaba en las montañas del Tíbet sino en medio de la civilización, estaba en el norte de Europa en una casa grande y con calefacción.

Niels era el hermano europeo, Lasha la hermana tibetana, ¡y ahora estaban los dos en la misma casa!

La blanca piel de Niels, sus claros ojos azules y sus finos cabellos dorados contrastaban con los oscuros rasgos de Lasha, que con un cabello castaño, liso y estirado, y una dulce y transparente mirada impactaba con simpatía en aquella localidad tan nórdica y enfiada.

El hogar incorporó una nueva dinámica tras la llegada de la niña tibetana: más vida y más alegría ahora se respiraba.

La relación entre todos ellos positivamente cambió, a más niños más riqueza, más euforia y más amor.

Los pequeños de la casa requerían actividad, dos no eran suficientes y a otra niña fueron a buscar.

Entre la selva del Amazonas una niña resistió, pues sin padres ni tutores ella sola se crió. Pasados algunos meses, con una vieja mujer se cruzó y al ver a la niña tan sola con ella se quedó. Con el pasar de los años la viejita se murió, ya no había nadie que la cuidara sino una familia de honor.

Los padres de Niels y Lasha ofrecieron su calor y con ganas de acogerla realizaron una hermosa labor.

Recordando el pasar del tiempo, aquella casa cambió, de vivir una pareja discreta una gran familia se formó.

Sin distinciones ni preferencias se criaron de igual a igual, pues aunque fueran diferentes pertenecían todos a un mismo mundo universal.

Los tres niños eran sensibles y con un gran potencial, si la vida los había reunido era para llevar a cabo un gran plan.

No importaba la raza, ni la cultura ni el color, ellos habían nacido para llevar a cabo una generosa misión.

El mundo necesitaba su ayuda y su fuerza de saber, pues eran niños despiertos con visiones y poder.

Bruna del Amazonas era la hermana mayor y agradecida con la acogida los amaba a todos con el corazón.

Niels, el niño mediano, daba ejemplo con su hacer, pues aunque los padres “sólo eran suyos” los compartía a más no poder.

Lasha la pequeñita no recordó cómo llegó allí, pero sí tenía muy presente que adoraba la siguiente forma de vivir:

“Bajo el techo de una misma casa se aprendía a convivir, había que pensar en los otros y siempre en todo dividir.

Los tres infantes del mundo crecieron bajo una misma canción: no hay que luchar contra nadie sino cooperar al unisón.

Si vosotros sois tres hermanos, siempre mejor que dos, pues así tenéis más fuerza para unificar la dispersión.

La misión de nuestros días no es arrasar y tener más, sino todo lo que poseemos compartirlo con los demás.

Yo soy negra y tu eres blanca, pero eso que más da, lo que importa es que estamos unidos por la fuerza del más allá.

Como humanos hemos nacido y este es nuestro gran potencial, pues tenemos la gran suerte que podemos dialogar.

El hablar idiomas distintos no evitara el cooperar, pues más allá de todo esto existe una lengua muy global.

El lenguaje del que estoy hablando no es más que la sinceridad, pues si hablas con el alma a nadie puedes engañar.

Sentir la fuerza del todo es lo único que nos hará, sentirnos siempre unidos y potenciar la universalidad.”

Bruna, Niels y Lasha practican dichos principios a la perfección, no porque se lo hayan impuesto sino porque lo dicta su corazón.

Ellos nunca han juzgado la cultura ni el color, pero siempre han cultivado la importancia del valor.

Hay que tener gran respeto por la gran humanidad, olvidar los prejuicios y la falsa vanidad.

Ante todo ser consciente, tolerante y leal, tener una visión muy amplia y cooperar por el bien global.

Los padres de estos tres hijos ofrecieron su tener y sin esperar nunca nada a cambio obtuvieron gran placer.

Los tres niños muy sensibles agradecieron siempre poseer, no riquezas ni fortunas sino una fuente de saber.

Estos padres comprensibles les enseñaron siempre a entender: el gran principio de la vida es valer por lo que uno es.

No veáis nunca contrarios siempre hermanos de paz y así de esta manera os tratareis con amabilidad.

Aprovechad las diferencias para con ella ampliar, los valores y creencias de la gran humanidad.

Que todos seamos distintos lo debemos apreciar, así existe más riqueza y una extensa variedad.

Y con ella se nos presta la gran oportunidad, de practicar la tolerancia frente a la diversidad.
